

COLECCIÓN
EDUCACIÓN:
OTROS LENGUAJES



Directores de la colección:

Jorge Larrosa
(Universidad de Barcelona, España)

Carlos Skliar
(FLACSO, Área Educación, Buenos, Argentina)

Edición: Primera, julio de 2015

ISBN: 978-84-15295-99-0

Tirada: 500 ejemplares.

Diseño: Gerardo Miño

Composición: Eduardo Rosende

© 2015, Miño y Dávila srl / Miño y Dávila editores sl

Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo fotocopia, sin la autorización expresa de los editores.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

dirección postal: Tacuarí 540 (C1071AAL)

Ciudad de Buenos Aires, Argentina

tel-fax: (54 11) 4331-1565

e-mail producción: produccion@minoydavila.com

e-mail administración: info@minoydavila.com

web: www.minoydavila.com

redes sociales: @MyDeditores, www.facebook.com/MinoyDavila



DESOBEDECER EL LENGUAJE

(ALTERIDAD, LECTURA Y ESCRITURA)

Carlos Skliar

ÍNDICE

✧ LENGUAJES.....	13
Desobediencias del lenguaje.....	14
El lenguaje en la punta de la lengua.....	17
El lenguaje enemistado.....	19
Los poetas y el lenguaje.....	21
El lenguaje infecto.....	26
El lenguaje de la norma.....	28
El lenguaje deportado.....	31
El lenguaje amoroso.....	34
El lenguaje sin escritura.....	36
El vaivén del lenguaje.....	38
El lenguaje de lo político.....	40
El lenguaje encerrado.....	42
El lenguaje severo.....	45
El lenguaje niño.....	47
El lenguaje que juzga.....	48
El lenguaje vagabundo.....	50
Lenguaje y tiempo.....	53
El lenguaje exiliado.....	56
El lenguaje averiado.....	58
El lenguaje en sus extremos: grito y soledad.....	60
Silencio y pensamiento.....	63

✎ LECTURAS.....	67
Leer como gesto.....	68
Leer como dejar.....	70
Leer como soledad.....	72
Leer como sabor.....	73
Leer como abrir los ojos.....	75
Leer para resucitar a los vivos.....	78
Leer sin poder dejar de hacerlo.....	79
Leer como petición.....	81
Leer, leyendo.....	84
La lectura y sus moradas.....	84
Leer en la duración.....	88
El laberinto de la lectura.....	88
Leer entre edades.....	92
Leer es releer.....	97
La lectura y el miedo.....	101
La lectura y el pasado.....	103
El adiós al libro.....	104
Leer el amor y el suicidio.....	107
Los peligros de la lectura.....	109
Lectura y ficción.....	110
✎ ESCRITURAS.....	113
Sentidos del escribir.....	114
Escribir como ensayar.....	115
Escribir como no morir.....	118
La escritura amordazada.....	119
La escritura ya no es lo que era.....	121
Escribir y extrañar.....	124
Escribir cartas.....	126
La pregunta por la escritura.....	128
Escribir como si fuera el fin del mundo.....	130
Tomar notas.....	131
La escritura destruida.....	132

Escribir, escribiendo	135
Escribir como escuchar.....	137
La escritura en sus propias palabras	140
Escritura como extrañamiento.....	142
Cómo llegar a la escritura.....	143
Escritura del instante.....	146
La escritura <i>en alta voz</i>	149

✎ ALTERIDADES.....	153
Otras vidas	154
Los otros aniquilados	156
Los otros desconocidos.....	157
Culpas de alteridad	160
Los otros desiguales	164
Los otros diferentes.....	165
Los otros anormales	169
Otros niños.....	172
Otra infancia.....	173
Otros tiempos.....	175
Interrupciones a la infancia.....	177
Niños interrumpidos.....	181
La imposible soledad	181
Infancia entre norma y literatura	183
Infancia y desdicha.....	185
Infancia y alteridad	188
Comenzar con un grito	189
La vejez en nosotros mismos.....	191
La vejez y el cansancio	194
Hablar con ancianos.....	195
Dejar en paz a los ancianos	197

BIBLIOGRAFÍA.....	201
-------------------	-----



DESOBEDECER EL LENGUAJE

(ALTERIDAD, LECTURA Y ESCRITURA)

Carlos Skliar

LENGUAJES



Desobediencias del lenguaje.
En la punta de la lengua.
El lenguaje enemistado.
Los poetas y el lenguaje.
El lenguaje infecto.
La norma del lenguaje.
El lenguaje deportado.
El lenguaje amoroso.
El lenguaje sin escritura.
El vaivén del lenguaje.
El lenguaje de lo político.
El lenguaje encerrado.
El lenguaje severo.
El lenguaje niño.
El lenguaje que juzga.
El lenguaje vagabundo.
Tiempo y lenguaje.
Exilio del lenguaje.
El lenguaje averiado.
El lenguaje en sus extremos: grito y soledad.
Silencio y pensamiento.

❧ *¿Tengo que, con la cabeza apedreada / con el espasmo de
 escribir en esta mano / bajo la presión de trescientas noches
 romper el papel / barrer las urdidas óperas de palabras
 / destruyendo así: yo tú y él ella lo / nosotros vosotros? /
 (Que sea. Que sean los otros) / Mi parte, que se pierda.*
 (Ingeborg Bachmann) ❧

Desobediencias del lenguaje

El lenguaje desobedece a esa hora en que los silencios
 asumen la duración del tiempo y los sueños adormecen
 la exigencia substantiva; la hora en que la perplejidad
 gobierna la mirada y da paso al desconocer primero; la hora de
 la muerte tiesa y del deseo húmedo. El lenguaje desobedece a
 esa hora en que la confusión es la única posibilidad del alma,
 la hora en que parece que el paso de la vida es detenido por
 las palabras y el roce de la lengua demora más de un siglo en
 pronunciarse.

El lenguaje desobedece cuando ensucia la lengua con sus
 trampas de encantamiento y sensiblería, cuando la falsifica,
 cuando la infecta de glosarios impunes y de retóricas sin nadie
 dentro y nadie del otro lado, cuando se sobreestima en su re-
 gocijo adulto o se desprecia el lugar de su ausencia. El lenguaje
 desobedece cuando ya no hay qué decir y se anuncia a los vien-
 tos el nombre del mundo, un mundo atolondrado que se mueve
 y se ciñe al son de su falacia hasta quedarse exhausto; cuando el
 aire es poco y la palabra que describe al aire es más nula todavía.

El lenguaje desobedece en el instante en que la brevedad se
 confunde con la parquedad, la prisa se mezcla con el desprecio
 y la agonía se oculta tras un orden amenazante y pulcro. En
 el instante en que disfraza su movimiento, se ofrece al suicida
 como si se tratase apenas de un grito opaco durante su abis-
 mo, responde solo de espaldas y niega el pasaje de la voz por la
 hendidura de las entrañas.

El lenguaje desobedece porque cree que gobierna el doblez de la percepción y en vez de acariciar muestra sus garras en el límite extremo del sentido; porque es más su sentido que su estructura, es más su poética que su gramática, es más su desorden que su conveniencia. El lenguaje desobedece porque no reconoce en la humillación, la hipocresía, el descaso y el asesinato el lugar de su morada; porque se rebela contra sus enemistades: el diálogo insulso, la avaricia de tonos, la renuncia a la complejidad, el despojo del nombre propio.

El lenguaje desobedece en el momento en el que se acercan las lenguas y el decir está más atrás que la boca, más lejos que las manos, más detenido que la sangre; en el momento en el que el habla, la escritura y la lectura dan por sentado el sentido y se vuelven fragmentarios, torpes y sosos a la expansión y la explosión del sonido.

El lenguaje desobedece en la falaz pretensión de los cielos y la indebida atenuación de los infiernos; en la indiscreción del secreto, en la negación de su piel estremecida, en el desprecio hacia la norma y en el soberbio frenesí de alcanzar lo real con la palabra y de cazar a la palabra con lo real. El lenguaje desobedece en la planicie quieta, en la burda imitación de la brisa, en el inválido replicar de los colores sin matices.

El lenguaje desobedece al sentir que las palabras se caen, se pisotean, se derrumban. Al percibir el ocultamiento del pasado en la vanagloria del futuro, en esa costumbre insana de enterrar lo vivido, el hábito innoble de destruir lo pensado.

Sin embargo, el lenguaje es también desobedecido.

Lo desobedecen los niños, los ancianos, las mujeres, los artistas, los filósofos. Lo desobedecen la conversación, la lectura, la escritura, la inscripción en las paredes irregulares, los presos, los dementes, los autistas, los borrachos, los que escriben poemas, los que prefieren no hacerlo. Lo desobedecen los tartamudos, los juegos, las incógnitas y las madrugadas. Lo desobedecen el tiempo sereno, la calma despojada, los enamoramientos, los escondites, la rendija por donde se cuelan sabores, olores, los sonidos sin palabras. Lo desobedecen el instante en

que lo desconocido continúa siendo una adivinanza irremediable, el momento en que una mano se estira hacia otra mano, la hora en que un gesto se rebela contra la infamia.

Lo desobedecen las criaturas que están a punto de nacer, los naufragos, las danzas, la soledad en dos, la duda en la punta de la lengua, los ojos entrecerrados, la mirada hacia abajo, los sordos, los vagabundos, los exiliados, los desaparecidos. Lo desobedece la búsqueda de una frase que no culmina, el artículo indefinido, la grieta cada vez más extensa —cada vez más incomprensible—, el pájaro que se cruza por los ojos, el árbol que borra lo tallado, la serpiente tímida, el fin de la tarde cuando el cuerpo regresa al tiempo y el tiempo a su guarida del silencio.

Lo desobedecen, en fin, las conjuras contra el abandono, el dejarlo todo en la búsqueda de nada, las sabias inconclusas traducciones, los libros que cuentan historias imposibles, la memoria pequeña, el olvido sin remedio, el recuerdo de todas las falsedades, cada vez que alguien toma la palabra y la desnuda, la despierta, le da vida.

El habla, la lectura y la escritura proceden y devienen de un cierto tipo de experiencia de desobediencia del lenguaje. Si el lenguaje no desobedeciera y si no es desobedecido el lenguaje, no habría filosofía, ni arte, ni amor, ni silencio, ni mundo, ni nada.

Pero una experiencia de ese carácter no es estructural, ni explicativa, ni duradera, ni apaciguadora, sino más bien existencial, una existencia poética de la lengua y hacia la lengua: *“Por eso, podrá hablarse en sentido riguroso de existencia poética, si por existencia entendemos aquello que abre brecha en la vida y la desgarrar, por momentos, poniéndonos fuera de nosotros mismos”* (Lacoue-Labarthe, 2006: 30).

El lenguaje que desobedece y es desobedecido: ponerse fuera de nosotros mismos, en esa existencia desgarradora, en esa brecha —sonora y silenciosa— que abre la posibilidad de un sentido.

El lenguaje en la punta de la lengua

El lenguaje habita y transita entre cuerpos, tiempos y espacios: se cruza, atraviesa, insiste, merodea, espera, acompaña, asedia, no deja de decir ni de escuchar siquiera al interior de escenas extremas de privación, desaparición, destierro, encierro. Se ahoga y renace.

Estar en el lenguaje querrá decir: existir, andar, ocupar, descubrir, nombrar, dudar, errar, desear, desandar, escapar, vivir.

Es presencia nítida y, al mismo tiempo, una huella espectral que asume el vértigo de la existencia y sus laberintos: prohíbe y liberta, habilita y confina, da paso y encierra, enciende, trasciende y abisma.

Hace las veces de uno: ¿es narrador, impostor, impostura?

Hace las veces de otros: ¿es traducción, sobreposición, ultraje?

Hace las veces de nosotros: ¿es poética, es política, es poder?

Hace las veces de ellas, de ellos: ¿es secreto, es identidad, es literatura?

Hay gestualidad: el lenguaje se vuelve aliado de la expresión contenida y ardiente, del movimiento de las cosas, las personas y sus vínculos, es totalidad, ambivalencia y contradicción. Se sacude, se desordena, es ampuloso y tímido, muestra y esconde, traza direcciones, enseña, oculta, indica, desea tocar lo impronunciable.

Hay pronunciación: el lenguaje dice, física, metafísica y éticamente. Materia del sentido y rastro de polvo; la voz: "*Hace posible el enunciado, pero desaparece en él, se disuelve en el significado que se produce*" (Dolar, 2007: 27).

Tonalidades como estaciones del tiempo, las palabras dependen de su ritmo, su duración, su intensidad. Pero son también efectos: la humillación, el secreto, la vergüenza, la serenidad, el odio, la afirmación, la venganza, la amistad, el desplante, la sensualidad, el abandono.

Hay lectura: el lenguaje se ofrece en disposiciones espaciales y temporales, artefactos y dispositivos, lugares donde los secre-

tos se confiesan agolpados en páginas inscriptas en las piedras, pergaminos, papiros, maderas, papeles, pantallas. Alguien debe sostenerse y sostenerla pues el pasaje de la lectura entre tiempos, lugares, almas e historias es desproporcionado: uno frente al mundo, solo, en una soledad sola, hecha de capítulos, apartados, notas, subrayados, indiferencias, conmociones.

Hay escritura: el lenguaje confirma su estricta soledad, su desobediencia y su rebeldía en la escritura. Como si se tratara de un punto de partida abismal, lo escrito no encuentra antecedentes ni antecedentes: todo puede ser escrito, nada puede llegar a serlo. La horizontalidad y/o la verticalidad de la escritura no prueban nada y nada garantizan: habrá que tallar y hacer es-tallar los nombres de las cosas como si fuera por primera vez.

El lenguaje está en la punta de la lengua:

Todos los nombres están “sur le bout de la langue”, en la punta de la lengua. El arte consiste en saber convocarlos cuando es necesario (...) La mano que escribe es más bien una mano que hurga en el lenguaje que falta, que avanza a tientas hacia el lenguaje que sobrevive, que se crispa, se exaspera, que lo mendiga de la punta de los dedos (Quignard, 2006: 9).

Los hablantes, voceros o vociferantes, lectores, escritores se descubren inadvertidamente hablando solos, gesticulando en la crispación o en la calma, pronunciando hacia nadie, a ninguno, moviéndose como si fueran seres inarticulados en la búsqueda de una forma.

Travesía del lenguaje: salirse para encontrar el mundo, permanecer para narrarlo. Entre el mundo y la forma en que se asumen los sonidos de la existencia, todo permanece en la atmósfera de la punta rugosa y tensa de la lengua.

El lenguaje: mendicidad y opulencia, la revelación del vacío, la presencia de la falta, el estupor por haber encontrado lo inhallable, la perplejidad por no poder volver a repetirlo.

El lenguaje enemistado

El lenguaje seco, aquello que ocurre fuera o lejos o privado de toda experiencia. O lo que ocurre cerca pero como crimen, como falsa economía, como violencia, como huracanes e inundaciones, como el estado del tránsito y la temperatura; lo que perece al cambiarse de página o de día o de estación de radio o de televisión; la información que entorpece todo el tiempo lo que quisiéramos decir y decirnos; la información como coyuntura y como moralidad, donde las palabras suelen perder su transparencia, su forma perceptiva y dan vueltas y se revuelcan, se esconden y naufragan. La información que nos obliga a una conversación inanimada y sin voz sobre la propia información.

Pareciera ser que estamos afectados por unos dispositivos que entorpecen todo el tiempo lo que quisiéramos decir y decirnos. Las palabras pierden su ambigua transparencia, su forma perceptiva y dan vueltas y se retuercen, se esconden y naufragan. Un lenguaje que, tal como decía el poeta Juarroz, está hecho de palabras caídas, golpeadas, pisoteadas.

Pero no se trata, solo, de la información, así, en singular; de esa acumulación impropia de noticias sobre nada ni nadie, de esa vorágine como remolino sin ton ni son que distrae de la posibilidad de hablar sobre lo que nos pasa y que nos obliga a hablar apenas de un mundo visto como una lámina sin piel. La cuestión está en el vértigo de los intercambios de información que impiden o anulan —en su declarado afecto por el reemplazo de lo cada vez más viejo por lo cada vez más nuevo— la lectura o la escritura, transformándola en deseo voraz de eficacia y éxito: *“La aceleración de los intercambios informativos produjo —y está produciendo— un efecto patológico en la mente humana individual y, con mayor razón, en la colectiva”* (Berardi, 2007: 177).

En cierto modo habrá que volver a pensar en un lenguaje habitado por dentro y no apenas revestido por fuera. Como la piel, también el lenguaje toma la forma de un latido cardíaco o de una agitación del respirar o de un extraño y persistente

movimiento; otras veces, se convierte en muralla, en defensa, en contención.

Como si fuera necesario, delante del lenguaje recubierto y encubierto de la información, preguntarse por el lenguaje directo, el lenguaje seco, el lenguaje que no dice más que lo que quisiera decir; un lenguaje acaso sin falsedades, sin tecnologías, sin duplicaciones, sin laboratorios ni experimentos: el lenguaje liso y llano; un lenguaje sobreviviente, quizá, de nuestro supuesto dominio o de nuestra completa incapacidad para dominar el lenguaje. Un lenguaje cuya voz deviene y deriva estrictamente de aquello que nos pasa. Un lenguaje a flor del piel. O una piel a flor de lenguaje.

En *Claus y Lucas*, Agota Kristof (2007) presenta a dos niños extraños y solitarios que viven en el confín de un pueblo perdido durante la guerra y que deben tomar decisiones acerca de la escritura por primera vez. En cierto momento se preguntan cómo saber si algo de lo que escriben está bien o mal, si algo de lo que escriben es correcto o no lo es: “*Tenemos una regla muy sencilla: la redacción debe ser verdadera. Debemos escribir lo que es, lo que vemos, lo que oímos, lo que hacemos*” (Kristof, 2007: 31). La crudeza con la que los niños asumen su escritura, su lenguaje, no deja de ser también su desnudez, su transparencia, ese intento para que el lenguaje diga algo, algo que pueda sentirse como verdadero, en medio de la completa nulidad que deja la información.

Pero éstos no son buenos tiempos ni para el lenguaje directo ni para su complejidad y ambigüedad: hay un predominio exagerado e innecesario de la rapidez y la eficacia en la transmisión y por eso se van apartando o desechando algunas formas de expresión más rugosas, menos eficaces. Como si el lenguaje procediera apenas de las agencias informativas o publicitarias y cumpliera solo con una función de tensa expectación indiferente a distancia o de rápida búsqueda de cercanías.

Sin embargo, no hay ningún motivo por el cual ligar el lenguaje a la prisa o a la urgencia o a la inmediatez. También el lenguaje puede ser una forma de detención, una pausa que sirva

para habitar tiempos en paréntesis, que nos vincule más a la intensidad que a la fatalidad de lo irremisiblemente cronológico. No se trata tanto de una cuestión de géneros ni de generaciones, sino de esa tensión —tan viva, tan obsesiva— entre el lenguaje de la información que exige premura y consumidores y el lenguaje literario, que intenta hacer respirar de otra manera a sus lectores.

Las redes sociales han modificado las formas de escribir y comunicarse y sin duda afectan el acto de leer. Pero por más masivas y naturales que se vuelvan esas prácticas, hay algo en el lenguaje que hace que sobreviva a cualquier intento de fijación o moda. Es verdad que parte de la realidad puede expresarse en 140 caracteres, pero también es cierto que lo puede hacer a través de millones. No hay ninguna razón para asumir una posición definitiva al respecto, pues será el carácter contemporáneo el que resuelve la convivencia o el desapego entre lo nuevo y lo anterior. Lo que es cierto es que no hace falta suicidar formas de lenguaje, de escritura y de lectura en nombre de la novedad.

Existe un enorme tesoro en el lenguaje y poder encontrarlo es en cierto modo una tarea que nos relaciona no solo con el futuro sino, sobre todo, también con el pasado. Más allá de toda discusión sobre lo nuevo, lo novedoso, lo actual y lo contemporáneo en el lenguaje, las preguntas esenciales siguen insistiendo con un temblor siempre presente: ¿podremos tomar la palabra, nuestra palabra? ¿Hay algo para decir? ¿Hay algo para escribir? Y en relación con esa tentación al expresionismo y la productividad de la palabra: ¿Hay alguien allí, por dentro de lo que dice, por dentro de lo que escribe? Y aún más: si la cuestión es apenas un problema de quién y qué es lo que emite, ¿hay alguien del otro lado que escuchará y leerá? ¿Alguien que, simplemente, desee una detención, una pausa?

Los poetas y el lenguaje

El poeta, es bien sabido, mezcla la carencia y el exceso, la meta y el pasado. De ahí lo irresoluble de su poema.

Está en la maldición, es decir, asume peligros perpetuos y renacientes en la medida en que rechaza, con los ojos abiertos, lo que otros aceptan con los ojos cerrados: el beneficio de ser poeta. No puede haber poeta sin temeroso recelo, de igual manera que no existe poema sin provocación. El poeta pasa por todos los grados solitarios de una gloria colectiva de la que está legítimamente excluido. Tal es la condición necesaria para sentir y decir ajustadamente (Char, 1999: 44).

El poeta francés René Char destruyó los 153 ejemplares de su poemario *Las campanas sobre el corazón*. Quizá porque sentía en carne propia la maldición que padece el poeta: la extrema lucidez que le es atribuida, el peligro que entraña su palabra en el desierto de los discursos reseco, los ojos demasiado abiertos frente al mal y la maldad.

Lo cierto es que alrededor de la figura del poeta hubo, hay y habrá una ambigüedad manifiesta, una duplicidad extrema. No se trata aquí de dos escuelas de poesía o de dos estirpes de poetas o de dos formas materiales de hacer la poesía, sino el de revelar la existencia de una dualidad al interior de una escritura que no cesa de conmover y de sembrar inquietud.

A la figura del poeta se la vincula, por un lado, con la luminosidad o los destellos de luz que se mueven en medio de la escritura o con la pronunciación de lo inconfesable: aquello que aún tiene palabras y puede ir más allá de lo que parece haberse acabado; aquello que reina en un territorio híbrido entre lo comprensible y lo incomprensible. Pero también se la relaciona con la oscuridad, con el riesgo de asumir la expresión de un misterio que nunca dejará de serlo, con el desconsuelo y el desasosiego que asumen para sí lo trágico, aquello que ya no está ni nunca estuvo, en fin, con la muerte. Posición, entonces, de luminosidad —la escritura para, en cierto modo, aclarar, comunicar algo a alguien— y posición de oscuridad —la escritura para enmudecer, sostener la turbiedad, la gravedad, hacer padecer—.

Hay quienes han visto esta dualidad como la expresión de una batalla del sonido sobre el silencio y/o del sonido sobre el

sentido. Otros la han entendido como la batalla entre lo dicho y lo indecible. Aun podría verse como la impresión de una marca, de un trazo, de un signo que interrumpe lo blanco, una suerte de irrupción en medio de la aparente calma.

¿Qué cualidades asumiría para sí el poeta y qué lección, si la hubiera, podría darnos su posición de escritura, su exposición a la escritura?

La primera de ellas tiene que ver con el carácter *ostensiblemente sensible y perceptivo* del poeta. Es bien conocida aquella afirmación de Heidegger (2003: 126) a propósito de que la “*poesía es, la mayor parte del tiempo, escucha*”. La disposición a escuchar del poeta es particular en el sentido que atiende no sólo a lo que se dice a su alrededor sino, también, a esa relación tan huidiza entre sonido y sentido o, mejor dicho, esa atención sobre cómo suena aquello que se pronuncia. El poeta, la poesía, es una voz que escucha.

Pero no sólo: también asume una disposición peculiar para el mirar. Se trata de una mirada que no elude el detalle, lo insignificante, lo banal, y que al mismo tiempo no puede dejar de detenerse en lo excesivo, lo trascendente, lo extraordinario.

Esa disposición de la escucha y la mirada del poeta es inédita cada vez. Un evento, un tiempo, una cosa, no pueden ser incorporados sino son escuchados —detención, pausa— y mirados —apertura, apertura—. Ése es el carácter perceptivo del poeta, que le hace disponer de una percepción pero no de una teoría del mundo: “*Yo no tengo una concepción del mundo. Yo tengo una sensación del mundo*”, escribió Marina Tsvietáieva (2008: 437).

Por eso el poeta no enseña a escuchar sino que comparte lo escuchado, sin ánimo de legislar sino, quizá, de transformación. Por eso el poeta no enseña a mirar sino que intenta ofrecer, con insistencia y desesperación, la posibilidad de mirar de modos siempre diferentes. Escuchar y mirar —y decir— como si fuera por primera vez, porque a cada vez algo de lo inédito atraviesa la percepción y muta la pronunciación. Ese *como* —del *como* si fuera por vez primera— lo es todo en la poesía: de hecho, es-

tablece la diferencia sustancial entre conocer –conocer como fijar, conocer como ya saber y su consecuente indiferencia– y mirar –o escuchar– cada vez como si fuera una primera vez. Así lo revela el siguiente fragmento de un poema de Pessoa: “(...) *Vale más la pena ver una cosa siempre por primera vez que conocerla / Porque conocer es como no haber visto nunca por primera vez / Y no haber visto nunca por primera vez es sólo haber oído contar*” (1996: 203).

La lucidez sensorial y perceptiva del poeta no sólo sugiere una virtud o una capacidad peculiar, sino también la radical dimensión del exceso, tal como lo mencionara Char. Si, por una parte, el poeta es asociado a la clarividencia de su escritura, por la otra no está exento de verse aquejado por un frágil deslizamiento hacia la videncia personal; como si el ser-poeta pudiese asimilarse al ser-vidente.

Quizá Rimbaud haya vivido en cierto momento esa experiencia que se sitúa a medio camino entre la metáfora –como propiedad de la acción de escribir– y el delirio –como propiedad de la singularidad del sujeto–. En sus palabras: “*Quiero llegar a ser poeta y me esfuerzo en convertirme en vidente (...) Se trata de llegar a lo desconocido mediante el desarreglo de todos los sentidos (...) Es mentira cuando decimos yo pienso; deberíamos decir: Alguien me piensa*” (Rimbaud, 2009: 22).

A ese carácter ostensiblemente sensible y perceptible, habría que añadirle una condición tal vez más evidente pero no menos enigmática: *la particular relación del poeta con la lengua*, es decir, la forma en que traza esa relación singular entre lo escuchado y lo mirado –y lo tocado, lo olido, lo recordado, lo olvidado, lo presente y lo ausente– con su escritura y, también, con su oralidad. Una relación que tiene que ver tanto con su propia escritura como con el modo en que quisiera ser escuchado y leído: una lección que se preocupa por cómo entender sensiblemente sin comprender y no por cómo las cosas deban ser puestas y ordenadas en la lengua; una lección que alude a la separación entre el habla común y el habla poética.

En su *Discurso de Estocolmo* (1996), Wislawa Szymborska se refiere a la relación del poeta con la lengua como una rebelión contra lo común: *“En la lengua de la poesía, donde se pesa cada palabra, ya nada es común. Ninguna piedra y ninguna nube sobre esa piedra. Ningún día y ninguna noche que le suceda. Y sobre todo, ninguna existencia particular en este mundo. Todo indica que los poetas tendrán siempre mucho trabajo”*.

La lengua del poeta en el poema es, por así decirlo, una lengua aparte: un híbrido nunca resuelto y siempre a resolver entre la pronunciación, la imagen, la especialidad singular y el desplazamiento. Una lengua que se detiene entre el habla y la escritura, que se queda allí en medio, sin tomar partido, definitivamente, por ninguna de ellas.

Sobreviene aquí la tercera particularidad del poeta: una *incapacidad manifiesta pero voluntaria para la explicación*. Incapacidad voluntaria para explicar el poema, claro está, como lo escribe Marina Tsvietáieva:

¿Explicar los poemas? ¡Diluir (sacrificar) la fórmula, atribuir a la propia palabra sencilla una fuerza mayor a la que tiene el cantor (...) Como en la escuela; “con tus propias palabras” el Ángel de Lérmonov, pero tenía que ser precisamente con palabras propias, sin una sola palabra de Lérmonov. ¡Y qué resultado, Dios! (...) ¿Qué quería decir el poeta con estos versos? Pues justamente lo que dijo” (Tsvietáieva, 2008: 14).

Pero sobre todas las cosas el rechazo del poeta a la explicación como única lógica para codificar el universo en los términos de legislación y conceptualización.

El poeta no explica en su poesía: deja un trazo que podrá ser leído por otro. El poeta no obliga a un tipo específico de lectura de ese trazo, sino que su palabra culmina al filo del tiempo en que otro podrá leerlo, reconocerlo. Habrá aquí que sostener esta idea: la del poeta que ofrece, que entrega signos que otros deberán descifrar en su tiempo y a su modo. Y esto confiere a ese particular ofrecimiento una vinculación mayúscula con el

acto de enseñar: “*Signum*, el elemento principal de *insignare* remite al sentido de ‘signo’, ‘señal’, ‘marca’ que se sigue para alcanzar algo. El ‘signo’ es ‘lo que se sigue’. De modo que lo que se da en el enseñar es un signo, una señal a ser descifrada” (Kohan, 2007: 131).

El poeta no explica. Percibe en el claroscuro y con su peculiar pronunciación de la lengua aquello que, quizá, escucha cuando escribe.

Y lo que más desea es ser escuchado, es decir: leído.

El lenguaje infecto

El lenguaje se pierde, se reencuentra en su propio laberinto, se obnubila, queda atrapado entre redes de sentidos y sinsentidos, se torna severo, áspero, padece, poetiza, filosofa, permanece averiado, conserva sus amistades y sus enemistades, convive, atraviesa, respira, conversa, ama.

Y también puede hacerse trizas, perder por completo sus facultades, volverse indisponible a las palabras, incapaz de pensar, de hablar, enmohecerse: el lenguaje abandona.

Abandonar, aquí, es una expresión literal: como si en cierto instante, por razones indescifrables, alguien sintiera con desoladora nitidez la imposibilidad de decir nada sobre nada, tocar con el cuerpo el límite último del lenguaje, percibir que ya no hay nada sobre lo que pudiéramos ejercer la propiedad de las palabras.

Pero no es el abandono al lenguaje, la voluntad manifiesta por dejar de pensar y decir, la potestad del sujeto sobre el código, el libre albedrío del hablante-oyente ideal que se retira con sus honores a la calma de su silencio.

Tampoco se trata del abandono explícito de la escritura, como ha sucedido con Bachmann o Rimbaud —entre tantos otros— que asumen esa posición más o menos definitiva de *dejar de hacerlo*.

Es, en cambio, el abandono del lenguaje al sujeto: su confinamiento, su desamarre, el destierro de su voz. Como si de tanto hablar y hablar, hubiera un momento en que el lenguaje minase un territorio hasta allí ignorado: el de la ligereza habitual de las palabras, la confianza ciega y habitual en el sistema, la mezquindad de los sentidos, la creencia de que es posible hablar de cualquier cosa, la disolución del mito donde el mundo se representa como cuestión de unos pocos nombres, unos pocos adjetivos.

Así, el lenguaje se retira, se escabulle, pone un límite a la pérdida de la extrañeza, busca otras voces, nos deja callados y sin discurso alguno sobre el silencio. El abandono del lenguaje que niega su razón o su explicación de abandono.

El abandono del lenguaje se presenta ante nosotros con varios rostros que nos confunden y nos hacen sentir incapaces: el agotamiento, el atontamiento, la tozudez, la urgencia, la consabida productividad, el utilitarismo, la progresiva simplificación, la pérdida de la metáfora y de la imagen, las frases ya hechas, el suicidio de la conversación, la humillación, la frivolidad del verbo, etcétera.

Pero el mayor de los abandonos reside en la pena por advertir la filiación del lenguaje con el poder o, mejor dicho, con los poderosos, los altaneros, los soberbios, los mentirosos, los crueles, los publicistas, los politiqueros, los violentos, etcétera; el secuestro de las palabras más vitales de la lengua como coto de propiedad privada de un conglomerado de provechos personales y consumistas; en fin, cuando el lenguaje se pone del lado de aquellos que han hecho de este mundo un mundo insoportable e irrespirable. Ellos y sus palabras.

Esa es la enfermedad del lenguaje o su inhabitabilidad o, para decirlo más claro aún, su podredumbre. Un lenguaje infectado, pestilente, corrompido, que no podemos ni pensar ni sentir como nuestro: *“Porque ha sido arrasado, allanado, aliado, mutilado, simplificado, deshumanizado, porque ha sido convertido en un lenguaje de deslenguados, en un lenguaje de*

nadie y sin nadie y para nadie, y por eso nos hemos quedado sin palabras, y nos sentimos mudos” (Larrosa, 2010: 16-17).

Quizá la sensación de mudez, como dice Larrosa, no sea sino la expresión última de un páramo desolador, donde permanecemos atónitos en medio de un lenguaje al que rechazamos —el lenguaje que recibimos— y otro con el que quisiéramos todavía decir o escuchar o leer o escribir algo —el lenguaje que no tenemos—.

La enfermedad del lenguaje: su letargo, inclinación y abandono a la abyecta apetencia del poder.

El lenguaje de la norma

En la novela *Esperando a los bárbaros*, Coetzee (2007) retrata un período de la vida de un juez anciano que reside en el juzgado de una pequeña ciudad amurallada. Más allá de los muros del poblado, hay un largo desierto donde se dice que habitan los bárbaros. Todo en el pueblo está organizado y previsto en relación con esa amenaza: las casas protegidas con rejas, la cárcel del juzgado preparada para futuras y masivas reclusiones, los policías entrenados para resistir la invasión, las salas de tortura limpias, todo en medio de una tensión extrema y una constante militarización de la vida cotidiana.

Los bárbaros no han sido vistos jamás, pero se cuenta de ellos desde hace siglos: se habla de su peligro, de su amenaza, de las *barbaridades* que cometen a diario. El mito de la existencia de los bárbaros ha pasado de generación en generación y el miedo es aquello que hace respirar a una ciudad que cierra su alma cuando cae el sol. La idea de la presencia de los bárbaros impide, por un lado, una vida normal pero, por otro lado, la habilita en la materialidad y existencia del conjunto de instituciones de estado.

Por culpa de los bárbaros el día es sólo la planificación de la defensa de lo propio, la tarde se asfixia demasiado temprano y

la noche se vuelve un reino de tinieblas, miedo y tensa espera, la inminencia de una invasión, la pesadilla constante de los niños:

Los bárbaros salen de noche. Antes de que oscurezca hay que recoger la última cabra, atrancar las puertas y apostar un centinela en cada atalaya para dar las horas. Dicen que los bárbaros merodean por los alrededores durante toda la noche, resueltos a asesinar y saquear. Los niños ven en sueños cómo se abren las contraventanas y cómo los rostros feroces de los bárbaros les dirigen miradas aviesas. “¡Han llegado los bárbaros!”, gritan los niños, y no hay quien los tranquilice (Coetzee, 2007: 178).

Pero: ¿existirán los bárbaros, de verdad? Nadie osa preguntárselo en el pueblo, nadie se atreve a semejante duda. Quizá de tanto repetir su existencia, parece que sí, que están y que son. Que no solamente se trata de una apariencia fantasmagórica, sino de una existencia cargada de relatos detallados y certeros: los bárbaros son merodeadores, asesinos, violadores, saqueadores, feroces, inhumanos de mirada aviesa y desencajada.

La novela de John Maxwell Coetzee deja abierta la sospecha, el misterio, la tensión. Quizá los bárbaros no existan y no hayan existido nunca. Tal vez se trate solo de un relato de exterioridad para justificar la propia interioridad. Pero el mito, la ficción y, sobre todo, la ley, ya se han convertido en pura cotidianeidad. Y habrá que sostener ese relato y esa vida desde las instituciones hasta las últimas consecuencias.

Lo cierto es que la novela no trata sobre los bárbaros, sino sobre aquellos que esperan a los bárbaros, lo que es muy diferente. Lo que se dice no es sobre los bárbaros, sino sobre el creciente dolor de la existencia durante la interminable y agónica espera del supuesto enemigo, como lo expresa el personaje del juez: “*El dolor es la verdad, todo lo demás está sujeto a duda*” (Coetzee, 2007: 15). La única solución que se plantea frente al dolor es la ley: la ley que ordena lo confuso, lo ambiguo, la amenaza, lo ambivalente.

Habría que pensar si es posible eludir esa obsesión por el lenguaje jurídico; ese lenguaje que está ahí para legislar el orden de las relaciones con tal *fuertza* que pareciera no existir otra relación posible que la de uno consigo mismo o, en el mejor de los casos, de uno con otros demasiados próximos, sospechosamente parecidos.

Resulta al menos curiosa la imagen que se ha establecido acerca de la convivencia entre diferencias, sobre todo en ciertos ámbitos plagados de *jergoceo* jurídico, como aquella que debe acatar sin más ciertas reglas —no siempre formuladas o apenas sí entredichas— que instalan de una vez la idea de una supuesta empatía, calma y ausencia de conflictividad. La insistencia de la razón jurídica, no puede ser sino una desembocadura estrecha donde se prende el movimiento inasible de lo humano; movimiento que, entonces, comienza a aquietarse, a estancarse, a perder vitalidad.

La convivencia queda así, como dice Jean-Luc Nancy, irremediamente partida en dos: “(...) *Por un lado la abstracción formal del derecho que (...) ‘da derecho’ (...) a toda particularidad y toda relación*” (Nancy, 2006: 63). En efecto, da la sensación de que ese derecho no tiene derecho a otra cosa, no puede pretender otro sentido, a no ser, claro está: “(...) *que el derecho mismo trate de erigirse como origen o fundamento, bajo los casos de una Ley absoluta*” (ibídem).

El cambio de percepción es trascendente, no sólo porque remite a una ética singular —que consiste en hospedar a todo otro, a cualquier otro, *a un otro cualquiera*—, sino además porque involucra una responsabilidad, una respuesta, y no simplemente la expresión de una virtud personal, la existencia de una práctica tecnocrática o una fórmula apenas jurídica que pone en marcha los aparatos institucionales:

Responsabilidad u obligación para con el Próximo que no viene de la Ley, sino que ésta vendría de ellas en lo que la hace irreductible a cualesquiera formas de legalidad mediante las que necesariamente se busca regularizarla proclamándola enteramente como la excepción o lo

Vista parcial del contenido del libro.

Para obtener el libro completo puede adquirirlo en:

www.bibliotechnia.com

www.e-libro.net

www.interebook.com

MIÑO y DÁVILA
♦ E D I T O R E S ♦